

V Domingo de Cuaresma A – 26 de marzo de 2023 (Ez 37, 12-14; Rm 8, 8-11; Jn 11, 1-45)



Todo nuestro camino tiene como finalidad configurarnos con Cristo para poder participar en su gloria. La Cuaresma es un verdadero tiempo de entrenamiento para afrontar mejor el buen combate, terminar la carrera y obtener la corona de gloria. La resurrección de Lázaro es una página extraordinaria que nos invita a levantar la cabeza y a proseguir nuestro camino en la perspectiva del misterio pascual. Ella es el signo más brillante del poder de la vida de Jesús. Por otra parte, este acontecimiento es el último narrado por Juan antes de que Jesús entre en su pasión. Fue la última gota de agua que derramó el jarrón. Porque los fariseos y los príncipes de los sacerdotes, en particular, han tomado en consejo la decisión de hacer perecer a Jesús (vv 46-47).

En esta página del Evangelio hay un compendio del propósito teológico de San Juan: Jesús es el Hijo de Dios enviado al mundo. Él es tanto hombre como Dios. Totalmente Hombre, muestra sus sentimientos de amistad: el texto pone de relieve la gran amistad que lo unía con esta familia de Betania: «El que amas está enfermo» (v.3). Jesús, un Hombre que también muestra sus sentimientos de dolor: Lloró (v.35). También es Dios. Su dimensión divina está recogida en las palabras Marta: «Creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que debía venir al mundo» (v.27). Esta es una hermosa profesión de fe que indica el paso decisivo y fundamental que todo creyente está llamado a dar para alcanzar la luz. La vida en Cristo es un camino, una progresión en y hacia la luz resurrección.

En su diálogo con Jesús, Marta descubre un verdadero motivo de esperanza. Un diálogo con Jesús trae siempre alegría y consuelo. Así pues, fue a buscar a su hermana (v.28). Ella, habiendo oído que el Maestro está allí y que él la llama, se levantó rápidamente y fue a reunirse con Jesús. La tristeza se ha ido. Tengo la tentación de decir que antes de que Lázaro fuera resucitado, Marta y María tuvieron primero su parte resurrección. Al igual que Lázaro, que saldrá más tarde de su tumba a la llamada de Jesús, María salió de su tumba de tristeza y desesperación para acudir a su Maestro que lo espera.

Alguien tuvo que decir que nuestra vida está llena de acontecimientos de muerte y resurrección: momentos de sufrimientos y pruebas. Pero también momentos de consuelo. Cuando nos separamos de Dios o nos alejamos de Él, conocemos una situación de muerte. Al ver al hijo pródigo volver, su padre dijo que su hijo había muerto y él volvió a la vida (Lc 15). ¡Literalmente, estaba muerto! ¿Cuántos muertos-vivos y vivos muertos hay en nuestra sociedad o más cerca de nosotros, en nuestras familias y en nuestras pequeñas comunidades?

En el mundo hay tantas situaciones de luto y tristeza que hacen dudar de la presencia de Dios. Es común oír decir: «si Dios existiera... » o «si realmente hubiera estado allí... » ciertas ocasiones de sufrimiento no habrían ocurrido sobre todo en la vida de sus amigos. Pero muchas veces olvidamos que «no todo es la voluntad de Dios, pero Dios puede servirse de todo para realizar su voluntad». Y que en el crisol del sufrimiento nacen las mejores esperanzas. Podemos encontrar en la fe de Marta y de María un modelo de confianza para que en nuestras situaciones de angustia nuestros ojos permanezcan fijos en Aquel que es la resurrección y la vida. Que esta Cuaresma sea un tiempo de renovación y renovación de la vitalidad espiritual para continuar nuestro camino hacia la luz de la resurrección.

